

LA NAVALCARAZO

Déjame, Alfonso: es mi gusto.

ALFONSO

¿Crees que Clementina tendrá nuevos ataques en el resto de la noche?

LA NAVALCARAZO

Los tendrá en otra forma. Los combatiremos con bromuros. Pero no esperes que la sedación venga de una vez, sino por alivios parciales, alternos. Y no te asustes del traqueteo muscular ni del delirio... Son nuestros nervios, en estos casos, como potros salvajes. Mientras más brinquen y cocean, mientras mayores relinchos echen por la boca de tu mujer, más pronto la verás rendida... Te lo dice quien sabe de estas cosas más que nadie. En la edad en que pude tener ilusiones y perderlas, ilusiones de amor ó de ambición, he sido la más alborotada y descompuesta de las nerviosas. Mis pataleos, mis dicharachos, alcanzaron, como sabes, celebridad... Pero ya pasó todo eso. He puesto fin al período dramático de mi existencia, y vivo en una comedia insulsa y tranquila. Con que... aquí me quedo. Despide á los amigos; manda acostar á las niñas y á la institutriz, que no sirve más que de estorbo, y acuéstate tú, aunque no duermas.

ALFONSO, inmensamente triste.

¡Cómo he de dormir si...!

LA NAVALCARAZO

Cállate... He visto el trastorno y no he preguntado la causa.

(De malísimo talante se dirige Alfonso al salón. A las preguntas de la Marquesa de Armada y de los tresillistas, contesta que no ha sido nada... una ligera indisposición sin importancia. Créanlo ó no, todos expresan con lastimera cortesía su sentimiento, y comienza el desfile.—En el despacho se había colado Zenón de Guillarte, que departía con Insúa de la forma y modos de practicar decorosamente la usura.—Con perentoria frase y consigna de reunirse al día siguiente, es despedido Insúa.—Zenón, que en la casa tiene mucha confianza, pide permiso á su amigo para quedarse hasta la una. El trasnochar es en él costumbre que ha suplantado á la Naturaleza, y aprovecha cuantas ocasiones se le ofrecen para pasar entretenido la noche. De allí se irá al Casino.)

ESCENA IX

Gabinete en la misma casa, no muy distante de la alcoba de Clementina.

ALFONSO, ZENÓN DE GUILLARTE

Los dos amigos se sientan á un lado y otro de una mesa donde les han servido té, y coñac pedido por Zenón. Lámpara de pantalla roja sobre la mesa. Transcurre largo tiempo sin que los dos personajes entablen conversación. Quiere hablar Guillarte: sus palabras chocan en el duro silencio de Alfonso, y en el aire se disuelven. Zenón consume exclusivamente las bebidas que están sobre la mesa. A ratos, Alfonso se levanta y pasa á la alcoba de su mujer.

ZENON, tomando té y perorando solo.

¿Qué sucede aquí? Un soplo de adversidad corre por toda la casa... Entorpecimiento pecuniario sin duda... Por eso estaba aquí don Damián, á quien habrán encargado la gestión de un empréstito... (Burlón.) Ahí tienen los frutos del trajín agrícola... ¡Vade retro, Agricultura, desconcierto y ruína de las naciones! ¡Qué hermosa sería una nación sin campo! A mí usura me atengo. (Vuelve Alfonso y da vueltas por la habitación.) ¿Está mejor Clementina? (Con- testa el Marqués con palabras vagorosas que Zenón no entiende.) ¿Qué dices, Alfonso?

ALFONSO

Digo que me haré pastor... ¡Cuidar ovejas, cuánto mejor que ser oveja ó carnero en este rebaño farisáico! (Cree oír la voz de su mujer, y vuelve á la alcoba.)

ZENON, habla solo á media voz.

Bien dice Rosaura que todos los parientes de doña Juana están locos... Yo no: yo bien cuerdo estoy; y cuando este pobre labrador de secano rechina los dientes porque la tía no quiere fomentarle la chifladura campesina, yo tengo mi espíritu alborozado... (Bebe coñac) mi espíritu mecido en dulces esperanzas. No sé, querido Alfonso, si será discreto que yo te participe la causa de mi júbilo. ¿Cómo podría yo enmascarar mi alegría con fingidas demostraciones de duelo?... Pero ¡ay! no sabré reservar, guardar para mí solo esta grande alegría... (Vuelve Alfonso.)

ALFONSO

Ahora duerme... ¡Quiera Dios que esa tranquilidad dure! (Déjase caer en el sillón.) Yo no dormiré. He vendido el sueño por un plato de esperanzas, y ahora... sólo con la muerte podré recobrarlo.

ZENON

¿Duerme Clementina? El sueño es la mejor droga, y la paz de la familia el mejor médico... Y á propósito, Alfonso: la más grande lumbrera de la ciencia es Bustamante, el médico de doña Juana, sabio eminentísimo... ¡con una experiencia y un ojo clínico...! Casi todos los días le veo... hago por verle, y le pregunto por la excelsa viuda de mi tío don Hilario... Pues hoy me ha dicho... (Sin poder enmascarar su regocijo.) Oye, Alfonso... carísimo Alfonso...

ALFONSO, sin oír á Zenón.

Pastor, matarife, cantero, sereno... todo pude y debí ser antes que envilecerme de este modo.

ZENON, esforzándose en atraer la atención de su amigo.

Oye una palabra... Me ha dicho Bustamante hoy... oye... que doña Juana no resistirá un segundo ataque. ¿Te enteras? (Alzando la voz.) Que el segundo ataque está próximo.

ALFONSO, metido en sí mismo.

¡Ah! mujer mía, ¿por qué no afrontamos la pobreza antes que someternos á la comedia vil, por congraciarnos con esa vieja... y con los contratistas de la vida de ultratumba?

ZENON

¡Que no puede tardar el segundo ataque!

ALFONSO

Los que más presumimos de rectitud, ponemos toda nuestra ambición en la carta de la muerte ajena... escamoteamos su redención á las ánimas de los difuntos... No, no: los ricos al Cielo, con la fianza de sus millones... los pobres á la Tierra, á la esclavitud...

ZENON, sacudiéndole un brazo.

¡Inevitable y próximo un segundo ataque... el torozón decisivo!... No es que yo me alegre... (Tratando de alargar su rostro para parecer triste.) Eso no, no. Yo lo sentiré. (Sonríe con expresión beatífica.) Sentiré que se pierda esa existencia preciosa.

ALFONSO, levantándose.

Perdóname... Quiero ver si las niñas se han acostado... Allí las tienes, cayéndose de sueño, arrimadas á la cabecera... (Pasa á la alcoba.)

ZENON, con idea fija.

Cercano está el término de nuestras angustias. (Bebe.) Y no es que yo me alegre, no... Conciencia, no me arguyas, pues aunque te parezca que me pongo contento, no es así. Estoy tristísimo. (Sonríe.) Alfonso sí se alegrará cuando yo le diga que soy hombre fuerte en la cábala, que sé manejar los signos y las combinaciones de iniciales que nos dan la clave del porvenir. Mi ciencia del *Bereschit* y del *Mercara* me dice que doña Juana se extingui-

rá en la semana entrante. Hoy es jueves, digo, viernes, porque ya han dado las doce. (Con somnolencia.) El viernes, el viernes de la semana próxima, vendrán por ella los ángeles... la veremos subir á los altos cielos... (Vuelve Alfonso.)

ALFONSO

Al fin se han acostado las niñas. He tenido que cogerlas de una oreja y... La prosperidad ficticia en que vivimos las ha hecho desobedientes... Pero hay que domar sus voluntades... ahora que la pobreza nos ha de endurecer la vida.

ZENON, venciendo la somnolencia.

¿Qué dices, Alfonso?... ¿Has heredado algo?

ALFONSO

Sí... Mis esperanzas, al morir, me han dejado un plantío lozano de cardos borriqueros. Decía, Zenón, que he de hacer paletas á mis hijas. Hemos de volver á la vida rústica, de que nunca debimos salir. Cuando mi bisabuela, hija única de un riquísimo mayorazgo de Ajofrín, fué pedida en matrimonio por mi bisabuelo, Marqués del Castañar y de Mazarambroz, dejó su atavío tradicional; quitaronle la basquiña, el moño de picaporte, el justillo, la media calada y los zarcillos de filigrana, para vestirla al uso cortesano, y pusieronla maestros para desasnarla, pues era tan borrica como hermosa... Yo pondré á mis niñas un contra maestro, que me las *aborriquite* y me las *deseduque* del fárrago insubstancial que han aprendido. Su institutriz será una vaca, y los guantes que usen no serán de ca-

britilla, sino de callos y sabañones... (Zenón le mira con estupor y lástima.) Yo seré pastor; viviré libre, sin ambición ni cuidados, vestido de paño burdo y desnudo de etiquetas.

ZENON

¿Qué dices, Alfonso? ¿Hablas de pastoreo, de las treinta mil merinas de doña Juana, que pronto serán tuyas?

ALFONSO

¿Más? Zenón, no admito bromas crueles.

ZENON

No pasará del viernes de la semana venidera. Yo te lo aseguro.

ALFONSO

Te he permitido emborracharte en mi casa. No te permito burlarte de mí. (Se levanta; recorre con desordenadas vueltas la estancia.)

ZENON

Como dijiste que te harás pastor... Oficio es éste indigno de un aristócrata. El hombre debe aspirar siempre á mejorar de clase, á subir de la nada al todo. Mírame á mí, de origen bien humilde. Mi padre fué primero curtidor de pieles de cabrito, después guantero. Hacía guantes y mi madre los vendía. Mi madre, hermana del egregio Marqués de Tobalina, hizo un capitalito forrando las manos de caballeros y damas elegantes... Me crió y mimó como á señorito de elevados destinos. Desde mi tierna infancia fuí aristócrata, por mi deli-

cadeza no aprendida, por mi elegancia ingé-nita, por mi gusto del comer fino y del vestir correcto. En la aristocracia linajuda me infiltré, y de aquí no me saca nadie... Y ahora, mi querido Alfonso, tú pastor, yo bandolero, ó lo que es lo mismo, facineroso en las encrucijadas usurarias, que es oficio muy considerado y de indudable nobleza en estas repúblicas... (Entra María Navalcarazo sin que los pasos se le sientan. No la ven hasta que á la mesa se aproxima, quedando su rostro en la penumbra roja de la pantalla.)

ESCENA X

ALFONSO, ZENON, MARÍA NAVALCARAZO

LA NAVALCARAZO

Zenón el Cínico, ¿quieres darme una taza de té? (Zenón, muy complaciente, se apresura á servirla.) Bien está que abrasces la honrosa profesión de usurero.

ZENON

¿Verdad, María, que con esa liberal industria han echado buen pelo algunos que hoy arrastran títulos y cabecean con plumachos?

LA NAVALCARAZO, tomando té, en pie.

En una terrible crisis mía, crisis de ambición... y de algo que no es ambición, pero se le parece, desperté una mañana con la idea de hacerme prendera... fiadora. Me ilusionaba el andar de casa en casa corriendo joyas, engañando á las damas aristocráticas con los despojos de las damas públicas, y á las públicas

con los dé las ricachas de abolengo... Me faltó valor.

ALFONSO, creyendo oír voces de durmientes ó palique de ociosos.

Callad, que ese bromear desenvuelto es una profanación en esta casa de la tristeza. Dí, María, ¿duerme aún Clementina?

LA NAVALCARAZO, que continúa en pie, el rostro iluminado por el resplandor rojo de la pantalla.

Dormida está; pero dentro del fanal de su sueño, el espíritu de tu mujer vela y se agita en un espacio de visiones trágicas.

ALFONSO

¿Sigue hablando dormida? Al despertar, ¿no rectifica sus embustes soñados? (Zenón da cabezadas.)

LA NAVALCARAZO

El sueño suyo prolonga sus nieblas hasta el despertar, y nos repite el engaño con los ojos abiertos. Parece que se ha incrustado en su pensamiento una idea criminal.

ALFONSO

En el sueño nos acometen pasiones que salen del seno de la bestia humana, donde yacían ocultas.

LA NAVALCARAZO

Rencores y venganzas que despiertan cuando dormimos. Hace un rato, Clementina me habló creyendo hablar contigo, y me increpaba, mejor dicho, te increpaba, porque careces de arranque para la idea criminal que la tiene

soliviantada... Después, bien despierta, me dijo... te dijo una frase de *lady Macbeth*, exacta, sílaba por sílaba: *Desconfío de tu carácter, amamantado con la leche de la clemencia.*

ALFONSO

Delirio es ese menos vano de lo que yo creía. Pero no hay que hacer caso, que soñando, en las noches críticas, la feroz bestia introduce su sangre venenosa en nuestro cerebro... Esperemos la aurora, que acabará por sosegarla. (Zenón se duerme.)

LA NAVALCARAZO

Esperemos la aurora. Vuelvo allá... En el sueño de una nerviosa, leeré el poema de la bestia humana. (Retírase como sombra.)

ALFONSO

¡María! (María se para y oye.) Cuando esté bien despierta, pero bien despierta, le dices que aceptamos nuestra pobreza resignados y tranquilos... Hemos dado muerte a una falsedad, hemos destruido el fantasma que nos trajo á esta existencia ficticia... Ante la pobreza, seremos más humildes, pero más fuertes... Beberemos la leche de la verdad... dile esto, María; hazme el favor de decírselo... (Afirmo María ligeramente con la cabeza y se pierde en la sombra. Alfonso contempla á Zenón dormido.)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

(12 de Mayo)

ESCENA PRIMERA

Habitación amplia y modesta en casa de Ismael y Rosaura, los cuales han dispuesto que el mejor aposento no sea para recibir visitas, sino para despachar asuntos, y reunir metódicamente los medios de trabajo. Veréis en ella planos, mesa de escribir y de dibujar, librería, instrumentos de física, muestras de diferentes materias industriales.

ISMAEL, en su mesa de escribir; JUAN y RAIMUNDO, sus hijos mayores, que se disponen para ir á clase, el mayor á una Academia preparatoria, el segundo al Instituto; después las tres hijas mayores, VICENTA, ALICIA y RAFAELA, y, por último, la niña menor, SOCORRO, llamada familiarmente CORRITA.

JUAN

Papá, he soñado anoche que me mandabas á estudiar á Lieja, donde tú aprendiste lo mucho que sabes.

ISMAEL, triste.

Malos se están poniendo los caminos de Bélgica. ¿Sabéis lo que soñé yo anoche? (Entra Raimundo cargado de libros.) Pues soñé que me veía precisado á dedicaros á la carrera eclesiástica.